

CON DISTINTAS VOCES

Por mí que no quede



Juan Antonio Gómez
Trinidad

Catedrático de Filosofía
de Instituto

“ Este curso se presenta especialmente complicado, aunque tengo la sensación de que esta frase la escribo cada septiembre”, me decía un colega de esta revista, buen conocedor de la educación. Comparto su opinión por completo. Al repasar los artículos escritos durante los últimos años, constato que cualquiera de los redactados al comienzo de curso sigue teniendo plena actualidad. No se debe a mis dotes de zahorí, sino a que, año tras año, seguimos con los mismos problemas. Lo único que cambia es que vamos sumando años y restando esperanza de solucionarlos. Lo primero es inevitable; lo segundo no, pero sin esperanza, como sin ilusión, es imposible mejorar la educación. Sin embargo, se va extendiendo cada vez más el ánimo de “virgencita que nos quedemos como estamos”, incluso entre los buenos profesionales.

Con este ánimo no podemos ciertamente mejorar la situación ni cabe esperar muchos frutos de la nueva situación legislativa. No es que la Lomce sea una mala ley, es que no es la ley que necesitamos para levantar la ilusión y la unidad de acción

que requiere una tarea educativa seria y profunda.

Se quejan los sindicatos y amenazan con un curso conflictivo porque no fueron oídos. Ellos saben que, en gran medida, han perdido la credibilidad entre el profesorado y que tienen muchas cuentas pendientes y muchos modos que corregir. No convence el enfrentamiento permanente con la Administración ni hacer política de segunda división. Pero tienen mucha razón en algunas de sus propuestas y bien harían las administraciones sentándose a escuchar y pactando algunas medidas justas y necesarias.

Se quejan los padres por los incesantes cambios, los incrementos de costes del material escolar, la excesiva exigencia, la falta de recursos de la Administración o de los profesores. Debieran saber que la tarea de educar empieza y termina en casa, aunque pasen ocho horas al día por la escuela, y que la confianza y la complicidad con el profesorado es la condición necesaria para el éxito escolar. Pero no les faltan razones y deben ser escuchados en muchas de sus peticiones.

Se quejan los profesores por la falta de un clima de respeto y de estima, tanto *intra* como extraescolar, que permita afrontar la tarea educativa sin más tensión que la necesaria en cualquier actividad laboral. No solo los padres, sino la propia Administración no confía en la profesionalidad y autonomía del profesorado: con una asfixiante normativa legislativa les marca el qué, el cómo y el cuándo de la enseñanza. Sin embargo, saben también que parte de la autoridad perdida la han conseguido

por méritos propios y que de ellos depende en última instancia lo que ocurra en clase. Pero es necesario que escuchen a los profesores, sus inmediatos superiores, los padres, la Administración, etc. Nunca puede ser buena la educación si no se cuenta con un profesorado preparado y motivado.

Se quejan las comunidades autónomas permanentemente del Ministerio que, a su parecer, no respeta su autonomía ni les dota de los recursos suficientes para implantar las reformas. Debieran saber que no son el Parlamento y que no les corresponde a ellos legislar en el ámbito estatal, ni presumir constantemente del incremento de recursos invertidos, sin rendir cuenta de los resultados obtenidos. Pero haría muy bien el Ministerio en tomar nota de lo que razonablemente solicitan las comunidades en un ejercicio mutuo de lealtad institucional y constitucional.

Se queja el Ministerio de que las comunidades no colaboran en la implantación de la Ley y de que le convierten en el causante de los males educativos, siendo así que el único que no tiene competencias efectivas es el propio Ministerio. Debería saber el Ministerio que en educación, también las instituciones deben ganarse la autoridad y no solo ejercer el poder legítimamente conseguido. Sin embargo, harían muy bien las comunidades en colaborar no solo con el Ministerio, sino también entre ellas para no perder energía en enfrentamientos pueriles y en tender fronteras artificiales.

Se quejan los alumnos... de todo, como es natural, aunque no estaría mal que los

educadores nos pusiésemos de acuerdo en mostrarle las muchas razones que tienen para estar agradecidos, y animarles a que colaboren en la interminable tarea que supone mejorar la sociedad que nos ha tocado vivir, para dejar a las próximas generaciones una situación mejor que la heredada, como hicieron nuestros padres.

Seguramente muchas de las quejas anteriores son más que razonables, pero además de quejarnos, ¿qué sabemos, qué podemos hacer? Llegados a este punto solo se me ocurren dos cosas sencillas, pero imprescindibles. Primero que las distintas instituciones y colectivos cultiven el arte de la escucha y de poder no tener razón. Aunque no hay muchos motivos para la esperanza, a juzgar por los precedentes.

En segundo lugar, si las instituciones no funcionan, la esperanza radica en las personas. ¿Cómo sería la educación española, si en lugar de culpabilizar al resto, cada uno asumiéramos nuestras responsabilidades? Podrá parecer pura utopía, pero es lo que hacen habitualmente los buenos profesores, padres, madres..., cuando afrontan cada día con una actitud positiva, alejada del criticismo pueril. Gracias a ellos merece la pena esta sociedad con todos sus defectos.

Le pregunté a un viejo político de izquierda, honesto y defenestrado de dónde sacaba fuerzas para seguir luchando y enfrentándose, incluso a los suyos. Me respondió: “Cada mañana ante el espejo me digo, mirándome a los ojos: por mí que no quede”.